

SERVICIO DEL EQUINOCCIO DE OTOÑO

1.- *Los asistentes cantan el Himno de Apertura (Tercera estrofa).*

2.- *El oficiante descubre el Emblema.*

3.- *El oficiante, desde el Estrado, pronuncia el saludo rosacruz:*

- Mis queridos hermanas y hermanos, que las rosas florezcan en vuestras cruces.

4.- *Los asistentes responden:*

- Y en la tuya.

5.- *El oficiante lee*

“Dios es luz.” Cada vez que nos sumergimos en estas tres palabras, nos bañamos en una fuente espiritual de insondable profundidad. Y, la siguiente, sondeamos más exhaustivamente esas divinas profundidades y aspiramos a una mayor proximidad a nuestro Padre que está en los cielos.

Para experimentar ese íntimo contacto una vez más, ahora que la luz de Cristo está empezando de nuevo a impregnar la Tierra, retrocedamos en el tiempo para conocer nuestro sostén, así como la dirección de nuestra futura línea de progreso.

La primera vez que nuestra conciencia se dirigió hacia la luz, fue poco después de haber sido dotados de mente y haber entrado, definitivamente, en nuestra evolución como seres humanos, en la Atlántida, el país de la niebla, en cuyas profundas cuencas, la neblina ardiente, emitida por el suelo que se enfriaba, ascendía como una densa nube cubriendo la Tierra. Las inmensidades estrelladas del universo no

se podían ver, ni la plateada luz de la Luna podía atravesar la densa y neblinosa atmósfera que cubría aquel antiguo continente. Incluso el ígneo esplendor del Sol era casi imperceptible pues, cuando estudiamos la memoria de la naturaleza correspondiente a aquellos tiempos, vemos que era muy débil y con un aura de varios colores, parecida a la que se observa, un día nublado, alrededor de cada punto luminoso.

Pero esa luz ejercía cierta fascinación. A los antiguos atlantes se les había enseñado por las Divinas Jerarquías que habitaban entre ellos, a aspirar a la luz y, como la luz espiritual estaba ya menguando, todos ellos aspiraban, aún más ardientemente, a la nueva luz, pues temían la oscuridad, de la que se habían hecho conscientes como consecuencia de haber recibido el don de la mente.

Luego, llegó el inevitable Diluvio, cuando la niebla se enfrió y condensó. La atmósfera se aclaró y “el pueblo escogido” fue salvo. Los que habían trabajado interiormente y habían aprendido a construir los órganos necesarios para respirar en una atmósfera como la actual, sobrevivieron y llegaron a la luz. No hubo nada de arbitrario: el trabajo del pasado había consistido en formar los pulmones. Los que sólo tenían branquias, como aún hoy tiene el feto durante su desarrollo prenatal, eran tan incapaces, fisiológicamente, de entrar en la nueva era, como el feto lo sería de sobrevivir, si renunciase a desarrollar pulmones. Moriría, como murió aquel antiguo pueblo, cuando la atmósfera enrarecida hizo inútiles sus agallas.

Desde el día en que salimos de la antigua Atlántida, nuestros cuerpos estuvieron prácticamente terminados. Pero, desde entonces, e incluso ahora, el que quiera seguir la luz ha de esforzarse por obtener el crecimiento del alma. Los cuerpos que hemos cristalizado en torno nuestro han de ser disueltos, y la quintaesencia de la experiencia adquirida, utilizada como “alma” para amalgamarla con el espíritu y alimentarlo, haciéndolo pasar de la impotencia a la omnipotencia. Para eso se les dio a los antiguos el Tabernáculo del Desierto, y por eso la luz de Dios descendió sobre el altar del sacrificio. Todo ello posee un importante significado: El Ego acababa de descender a su tabernáculo, el cuerpo. Todos conocemos la tendencia del instinto primitivo hacia el egoísmo y, si hemos estudiado la ética superior, somos también conscientes de cuán opuesta al bien resulta la indulgencia en las

tendencias egoístas. Por eso Dios colocó inmediatamente, a la vista de la Humanidad, Su Luz Divina sobre el Altar del sacrificio.

Y se vieron forzados a sacrificar ante ese Altar, por cada transgresión, so pena de grandes castigos, sus posesiones más queridas, ya que Dios aparecía ante ellos como un amo exigente en cuyo disfavor era peligroso incurrir. Pero la luz seguía atrayéndolos. Y aprendieron que era inútil intentar escapar de Dios. Ellos no habían oído las palabras de Juan - *“Dios es luz”* - pero habían ya concebido, al percibir la bóveda celeste, una idea de lo infinito, medido a través del reino de la luz, pues oímos a David exclamar: *“¿Dónde me esconderé de Tu Espíritu? ¿Adónde huiré de Tu presencia? Si en alas de la aurora, voy a habitar en lo más profundo del mar, incluso allí me conducirá Tu mano y Tu diestra me sostendrá... pues la oscuridad nada Te oculta y la noche brilla como el día, ya que la oscuridad y la Luz son ambas semejantes a Ti.”*

El siguiente trabajo de Dios en nosotros, que consistió en hacer permanente esa característica de “estar en la luz”, culminó con el nacimiento de Cristo que, como presencia corpórea del Padre, trajo consigo la luz, pues la luz vino al mundo para que todos los que creyeran en Cristo no murieran, sino que tuviesen vida eterna. Él dijo: *“yo soy la luz del mundo.”* El Altar del Tabernáculo había establecido ya el principio del sacrificio como medio de regeneración. Por eso Cristo dijo a Sus discípulos: *“Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos.”* Y, a continuación, comenzó Su sacrificio, que no terminó tras unas cuantas horas de sufrimientos físicos en una cruz material, sino que es tan perpetuo como lo eran los sacrificios ofrecidos en el Altar del Tabernáculo del Desierto, ya que supone Su anual descenso a la Tierra y un soportar la opresión que las condiciones de ésta han de suponer para un tan gran Espíritu.

Y esto ha de continuar hasta que un número suficiente de hombres se haya desarrollado y sea capaz de soportar el peso de este denso terrón de oscuridad al que llamamos Tierra y que gravita como una piedra de molino sobre la nuca de la Humanidad, constituyendo un terrible impedimento para su ulterior progreso espiritual. Ésa es la labor que cada uno de nosotros hemos de afrontar.

Estamos ahora en el Equinoccio de Otoño, en el que el Sol abandona el hemisferio norte, tras haber provisto a nuestras necesidades

vitales para el año próximo; la marea espiritual que lleva en su cresta la vida que encontrará expresión física el año que viene, está ahora camino de la Tierra. El semestre próximo es la parte santa del año. Desde la fiesta de la Inmaculada Concepción hasta el místico Nacimiento de Cristo, - mientras esa marea espiritual desciende sobre la Tierra - y desde entonces hasta la Pascua - en que se aleja de la Tierra - un cántico armonioso y rítmico - no sin motivo descrito por la leyenda del místico nacimiento como un “hosanna” cantado por un coro angélico - llena la atmósfera del planeta y actúa en todos los seres como un impulso de aspiración espiritual.

Conocemos la analogía entre el hombre - que entra en sus vehículos durante el día, y vive y trabaja en ellos y, por la noche, es un espíritu libre, sin los grilletes del cuerpo denso - y el Espíritu de Cristo, habitante de la Tierra una parte del año. Todos sabemos qué clase de grilletes y de prisión es el cuerpo, cuán embarazados estamos por la enfermedad y el sufrimiento, pues ninguno de nosotros se encuentra siempre en perfecta salud y no sufre nunca el ataque del dolor, por lo menos ninguno que holle el Sendero.

Lo mismo ocurre con el Cristo Cósmico, que dirige Su atención hacia nuestra pequeña Tierra, enfocando Su conciencia en este planeta con el fin de que tenga vida. Ha de vivificar anualmente esta masa muerta - que nosotros mismos hemos cristalizado del Sol - y que es un grillete, un estorbo y una prisión para Él. Por eso, en este tiempo, nuestros corazones deberían volverse hacia Él, agradeciéndole el sacrificio que hace por nosotros durante los meses de invierno, al impregnar este planeta con Su vida para despertarlo del sueño invernal en el que permanecería indefinidamente si no naciese en él para vivificarlo.

Sin esta infusión anual de Vida y Energía Divinas, todo ser viviente en la Tierra perecería, y todo progreso ordenado quedaría frustrado, en cuanto a las actuales líneas de desarrollo se refiere. El “descenso” del rayo espiritual del Sol en otoño es el que hace posible la reanudación, en invierno, de las actividades mentales y espirituales. La misma fuerza germinativa que impregna e influencia la semilla en la tierra y la prepara para multiplicarse según su especie, agita también la mente humana y fomenta las actividades altruistas que hacen al mundo mejor.

Así pues, las poderosas vibraciones espirituales de Cristo, dador de vida, estarán en la atmósfera terrestre durante los meses venideros, y podremos utilizarlas con mucho mayor beneficio, si las conocemos y redoblamos nuestros esfuerzos, que si no somos conscientes de ellas. Cristo *sigue gimiendo y afanándose, en espera del Día de la Liberación*, de la “manifestación de los Hijos de Dios;” nosotros, por nuestra parte, aceleramos su llegada cada vez que nutrimos nuestros cuerpos sutiles con los alimentos simbolizados por los místicos pan y vino.

Cada vez que nos damos en servicio a otros, añadimos brillo a nuestro cuerpo alma, construido con los dos éteres superiores. Y, como es el éter de Cristo el que, en estos momentos, hace flotar nuestra esfera, debemos recordar que, si queremos adelantar el día de Su Liberación, debemos, en suficiente número, desarrollar nuestros propios cuerpos alma para ser capaces, entre todos, de hacerla gravitar nosotros. De ese modo, tomaremos Su carga y lo liberaremos del dolor de la existencia física. Que cada uno de nosotros aproveche las vibraciones espirituales que se nos infundirán durante los meses venideros, de modo que el próximo otoño nos encuentre más cerca del Día de la Liberación.

Concentrémonos ahora sobre el amor divino y el servicio.

6.- *Concentración.*

7.- *Los asistentes cantan el Himno de Clausura.*

8.- *El oficiante cubre el Emblema y pronuncia la*

Admonición de Despedida:

Y ahora, mis queridos hermanas y hermanos, al partir para volver a entrar en el mundo material, hagámoslo con la firme resolución de exteriorizar en nuestra vida diaria los elevados ideales espirituales que hemos recibido aquí, de modo que cada día nos hagamos más dignos de ser empleados como canales conscientes en la benéfica labor de nuestros Hermanos Mayores al servicio de la Humanidad.

* * *